

**LO MÚLTIPLE EN LO UNO:
PARTICULARISMOS Y UNIVERSALIDAD EN LA
PRODUCCIÓN ESCRITURARIA DE LA ALTA EDAD MEDIA,
DE SAN AGUSTÍN A ALCUINO**

**MULTIPLICITY IN UNITY: PARTICULARITIES AND
UNIVERSALITY IN SCRIPT PRODUCTION IN THE EARLY
MIDDLE AGES, FROM ST. AGUSTINE OF HIPPO TO
ALCUIN**

ANA BELÉN SÁNCHEZ PRIETO
Universidad Complutense de Madrid

Resumen: Tras la desaparición del Imperio Romano Occidental, la Iglesia latina asumió la tarea de preservar y continuar la cultura clásica, con lo cual le confirió un carácter enteramente nuevo. Por otra parte, la cristianización de nuevas áreas geográficas como las Islas Británicas y la Germania tuvo como resultado la formación de Europa occidental como entidad cultural con la extensión aproximada que tiene en la actualidad. En estas condiciones muchos modelos culturales se vieron profundamente alterados. Algunos de ellos ya habían cambiado al final del periodo anterior, como el formato del libro o la división del texto bíblico en cola y commata. Otros aparecieron en estos siglos, como la lectura silenciosa o el espacio entre palabras. Otras cuestiones tratadas en este artículo son los porcentajes de población alfabetizada, los métodos de enseñanza de la lectura y la escritura o las condiciones de producción y ornamentación del libro.

Palabras clave: producción del libro, Alta Edad Media, particularismo gráfico altomedieval.

Abstract: After the fall of the Western Roman Empire the Latin Church assumed the role of preserving and enhancing the remnants of the Classic culture, although in doing this conferred it an entirely new character. Besides, the Christianizing of new territories such as the British Isles and Germania gave Europe more or less its modern extension. Within these conditions the cultural patterns were deeply changed. Some of them had already muted during the last decades of

the former period, such as the format of the book or the division of the biblical text into cola et commata. Others came into existence in these centuries such as silent reading or space between words. Rates of literacy, reading and writing methods and book production and ornamentation are some other questions with which this item is also concerned.

Keywords: Book production, High Middle Age, unitarian aspects in the writing production.

El Imperio Romano, con su elevadísima tasa de alfabetización, había ofrecido el contexto geopolítico y cultural más idóneo para el desarrollo de un sistema escriturario ordenado y jerarquizado, en el cual cada tipo de letra –desde la capital a la uncial y desde la cursiva a la epigráfica– estaba reservada para un uso concreto. Pero a partir de principios del siglo V, las invasiones de los pueblos germanos y la crisis interna que arrastraba el Imperio desde el III (y aún antes, pues recuérdese que el mismísimo Quintiliano se quejaba ya de la decadencia del sistema de enseñanza romano, como consecuencia de los cambios políticos producidos en la época de Augusto) constituyeron los factores desencadenantes de una profunda mutación en el panorama cultural y por ende escriturario de Europa.

Aunque en lo estrictamente político, los germanos desmembraron el viejo Imperio en una serie de reinos que *grosso modo* se correspondían con las antiguas provincias romanas, no introdujeron demasiados cambios ni en la sociedad ni en la economía europeas. De hecho, a lo que parece, los germanos eran cuantitativamente muy pocos en relación con la masa de población romana, y su superioridad derivaba del hecho de constituir una superestructura político–militar mantenida al margen de la población de ascendencia romana por medio de la prohibición de matrimonios mixtos y la adscripción religiosa a formas distintas de la ortodoxia católica (profesada por los romanos), al arrianismo principalmente. Una y otra estaban destinadas a fracasar y a la postre con ello a diluir las diferencias étnicas, engendrando el embrión de lo que después conoceremos como Europa. Pero de momento nos hallamos ante una etapa de transición que si bien ya no es Antigüedad, tampoco es aún Edad Media.

Sin embargo, en lo cultural lo romano sobrevive –convertido, eso sí, en una nostalgia– perpetuado en la Iglesia. De lo primero que uno se percata es de que la organización de la Iglesia, dividida en diócesis, metrópolis y patriarcados, estaba calcada de la organización del Imperio. Incluso la antigua capital, Roma, a la que conducían todos los caminos, será la nueva capital de la Iglesia universal. La primera historiografía cristiana, nacida en Oriente, era ya consciente de la

sucesión de los Imperios y la centralidad eclesiástica en el devenir de la humanidad; con su enorme sentido de lo trascendente, para ella no podía ser casualidad que la *Roma eterna* de los escritores latinos se identificara con la *Roma eterna* capital del “reino que no tendrá fin” de que habla san Lucas. Con todo derecho podía san Isidoro de Sevilla llamar a Roma *Mater Ecclesiae*.

Además, en su cada vez más perfecta ordenación jerárquica, los titulares de la sede romana fueron adquiriendo una posición cada vez más preeminente, y al revés que en Oriente, donde el papel de los emperadores se mantuvo y llegó a someter a las iglesias de su ámbito a una verdadera tutela, en Occidente, la desaparición del poder imperial y su substitución por unos frecuentemente débiles estados germánicos redundó en beneficio de las estructuras eclesiásticas. Y si al principio el Cristianismo católico occidental llegó a constituir una auténtica carta de naturaleza y una seña de identidad de la masa de población romana frente a los germanos, arrianos o paganos, con la conversión de éstos y desde el pontificado de Gregorio Magno (590–604), el primer gran pontífice del Medioevo y último de los padres de la Iglesia, se asume por primera vez la idea de un gran reino cristiano en el que, bajo la rectoría espiritual de Roma, se integren todos los reinos de Europa.

Y se considere el ámbito de civilización que se considere, siempre se hallará lo mismo: trascendiendo las manifestaciones estrictamente locales, que producen una apariencia casi caleidoscópica, y dando coherencia interna y unidad al conjunto, está la concepción cristiana del mundo, la Iglesia de Roma no solo tendiendo un puente entre la Edad Media y el clasicismo grecorromano (porque el Cristianismo procede de la fe judía, pero se piensa en categorías griegas), sino también entre los distintos reinos y entre las distintas razas que en esos siglos estaban “inventado” Europa. De hecho, sólo en la medida en que los territorios al este del Rin y el Danubio o al norte del muro de Adriano en la Gran Bretaña vayan siendo ganados para el Cristianismo se irán incorporando culturalmente a Europa.

Acaso el mejor paradigma de esta dicotomía sea la evolución lingüística desde el latín clásico al “latín vulgar”. En términos generales, el nivel literario y gramatical de los escritos latinos desciende imparablemente desde el siglo VI, evolucionando de forma diversa en las distintas provincias, para dar lugar a una variación dialectal que ya se había iniciado en tiempo de san Jerónimo¹. Así, la ficticia uniformidad del latín hablado va desmoronándose y la unidad lingüística

¹ Veikko VÄÄNÄNEN, *Introducción al Latín vulgar*, Madrid, Gredos, 1971, pp. 39, 49–50.

se desploma, pero el latín, consolidado como único vehículo de la liturgia cristiana occidental, sigue siendo la lengua de cultura.

En cuanto a la creación literaria, asistimos en el siglo V –a pesar de las guerras y de la inestabilidad política– al florecimiento de los hexámetros de Rutilio Namanciano y de la refinada poesía de Sidonio Apolinar, y en el VI al de la obra de Venancio Fortunato, que ha sido calificado como el último gran poeta latino. Y si bien es verdad que en los siglos VII y VIII la literatura de creación calla casi por completo, hasta el punto de que hayan sido calificados –un tanto exageradamente– como la *Schriflose Zeit* o *secoli illiterati*², es la gran época del enciclopedismo. En las zonas periféricas los obispos visigodos y los monjes irlandeses e italianos fueron capaces de recoger y mantener la tradición cultural antigua³, hasta el punto de que, por ejemplo, las élites laicas en la España visigoda llegaron a disponer de un nutrido bagaje cultural⁴. No hay que olvidar tampoco que España mantuvo además estrechas relaciones con el mundo bizantino y con África del Norte. Y aunque los libros más abundantes no podían ser más que las Escrituras, evangeliarios y sacramentarios y otros necesarios para el culto⁵, el amor por el libro antiguo no ha desaparecido en absoluto, como demuestran las transcripciones de *auctores*, el vivísimo interés por la miniatura y la ornamentación de los códices y los catálogos de las antiguas bibliotecas conventuales. En la España de los siglos VII y VIII está atestiguada la existencia de manuscritos con textos paganos, y no resulta difícil reconocer en las antologías y compilaciones los autores que gozaban de mayor aceptación. La enseñanza escolástica en las grandes abadías (especialmente Bobbio y Montecassino) continúa incluyendo las flores de la literatura clásica, siempre que fueran compatibles con el ideal cristiano, junto con los mayores representantes de la cultura de la época precedente, san Agustín sobre todo. Pensemos por ejemplo en el notable conocimiento de los clásicos que demuestra Giona de Susa, entrado

² Carlo BERTELLI, “Secoli illiterati. Appunti sulla crisi del latino prima della riforma carolingia”, *Studi Medievali*, 3ª serie, anno 1, fasc II – Diciembre 1960, pp. 363-396.

³ Sobre el importantísimo papel que desempeñó la España visigoda en la preservación de la tradición clásica y su posterior transmisión al mundo carolingio, ver Javier GARCIA TURZA, “La transmisión cultural hispana y el renacimiento carolingio”, en *La Enseñanza en la Edad Media. X Semana de Estudios Medievales, Nájera, 1999*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2000, pp. 17-38.

⁴ Pierre RICÉ, “L’enseignement et la culture des laïcs dans l’occident pre-carolingien”, en *La Scuola nell’Occidente latino dell’Alto Medioevo, Settimane di Studio del Centro Italiano di Studi sull’alto Medioevo*, XIX, Spoleto, 1972, vol. 2, pp. 231-253; ver especialmente las páginas 234, 235 y 238.

⁵ Manuel C. DIAZ Y DIAZ, *Códices Visigóticos en la Monarquía Leonesa*, León, Centro de Estudios e Investigación “San Isidoro”, 1983, pp. 149 ss.

bastante joven en el monasterio de Bobbio (a. 613) y educado en la escuela cenobial, y poco más tarde el obispo milanés Benito de Crispo. Recuérdese también que hombres como Pedro de Pisa y Paulo Diácono consiguieron procurarse los conocimientos que les posibilitarían participar en la reforma de Carlomagno⁶.

Y lo mismo ocurre con la iconografía y el arte. Cristo era representado a semejanza de las imágenes iránicas o egipcias: barbado y con melena en el primer caso, como joven imberbe en el segundo. Los cultos solares, en torno al 25 de diciembre, se asimilan para adaptarlos al culto de Cristo recién nacido, y a su imagen adulta, rodeada la cabeza por el disco solar a modo de aureola. La imagen de la *Niké* griega se traslada para materializar a los ángeles cristianos, y se asumen elementos del culto imperial, al adoptar las plantas basilicales de templo, vinculadas en su origen al culto al emperador, o las de planta central, herencia de los mausoleos imperiales. El arte prerrománico, heredero aunque pobre del esplendor del mundo clásico, se extiende por Europa, manifestándose con diversos matices y ajustándose a la idiosincrasia de los nuevos estados, pero sin olvidar nunca su substrato común heredado.

En suma, el Cristianismo se convierte en el principio rector de la atmósfera cultural del siglo, en tanto que Europa se dirime entre el recuerdo del Imperio como tipo ideal y las realidades cotidianas que en la mayoría de los casos se establecen a nivel local. Y aunque es verdad de todos modos que la aceptación de la cultura clásica pagana por parte de la Iglesia se produjo sólo en aquellos aspectos que fueran compatibles con el pensamiento cristiano o contribuyeran a reforzar su figura, no es menos cierto que sin la intervención de ella los más de los tesoros literarios de la civilización clásica se hubieran perdido irremisiblemente.

La misma oposición de fuerzas centrífugas y disgregadoras se encuentra en el terreno más específico de las formas escriturarias, en el cual también es esta una época de transición, en tanto que del fondo común heredado de la Antigüedad tardía se originó una diversidad de la escritura latina con la consiguiente aparición de nuevas escrituras surgidas del nuevo sistema romano, que han recibido los nombres de “escrituras nacionales” o “escrituras precarolinas”, según épocas y autores, sin que ninguno de los términos sea, como veremos más adelante, conceptualmente correcto.

⁶ Carlo BATTISTI, “Secoli illiterati...”, p. 364.

Resumiendo las conclusiones de un importante ensayo de Alessandro Pratessi⁷, se puede afirmar que el panorama del desarrollo gráfico de la Europa altomedieval es muy complejo y fragmentario: Al lado de las escrituras canonizadas o en vías de canonización (uncial y semiuncial) y de la escritura de uso cotidiano (la nueva cursiva), se encuentran algunas manifestaciones de estas mismas escrituras canonizadas, pero trazadas más modestamente, con menos elaboración. Donde el centro escriptorio se eleva a la dignidad de escuela, se asiste a la formación de escrituras tipificadas, que en determinados casos y bajo circunstancias favorables pueden alcanzar una auténtica canonización, como sucede en la Península Ibérica con la visigótica, en las cancillerías de los merovingios y de los primeros carolingios con la merovingia, y en la Italia meridional con la beneventana, y, si bien en un proceso algo distinto, también en las Islas Británicas con las escrituras insulares. Existen además otras escrituras, que Pratessi denomina simplemente altomedievales, que no alcanzaron la tipificación, por lo que no pueden ser identificadas ni individualizadas en función de sus características poseyendo en común tan sólo el *ductus* semicursivo.

No es este el lugar oportuno para entrar a considerar más detenidamente el proceso de formación de cada una de estas escrituras. De momento, baste saber que en el plano de la historia de la escritura se desembocó en el fenómeno conocido como *particularismo gráfico altomedieval*.

Y en medio de estas tendencias disgregadoras también ejerció la Iglesia su fuerza aglutinante, preservando la unidad occidental. Desde Roma se enviaban manuscritos a reinas (Teodelinda, Brunilda) y obispos. Al menos se nos ha conservado un original salido del *scriptorium* romano: una copia de la *Regula Pastoralis* de Gregorio Magno⁸, escrito, como no podía ser de otro modo, en una escritura de honda raigambre romana: la uncial caligráfica. Se sabe así mismo que el propio San Gregorio Magno envió a San Agustín de Cantébury muchos manuscritos para su misión entre los anglosajones, y aunque la producción no está atestiguada en Roma después de Gregorio I, la Urbe seguía atesorando muchos que podían ser regalados a reyes, obispos y misioneros, o adquiridos por bibliófilos como Benito Biscop, cuyos códices, procedentes de Roma, fueron

⁷ “Note per un contributo a la soluzione del dilemma paleografico: ‘semicorsiva o precarolina?’”, *Annali della Facolta di Lettere e Filosofia dell’Universita di Bari* 3 (1957), pp. 157-169.

⁸ Troyes, Ms. 504, CLA 834, reproducido también por Petrucci, “L’Onciale romana. Origini, Sviluppo e diffusione d’una stilizzazione grafica alto-medievale (secolo VI-IX)”, *Studi Medievali*, 3º serie, 12 (1971), pp. 75-134.

conservados, estudiados y copiados en bibliotecas inglesas hasta la época de Alcuino.

Por lo que se refiere al común de la población, aun teniendo en cuenta que cualquier estudio de este tipo sólo puede hacerse sobre fenómenos positivos datados y documentados y por lo tanto sobre la cultura de las élites, las investigaciones realizadas no muestran, dentro de sus límites, una situación tan degradada como cabría esperar. Basándose en las suscripciones autógrafas de los documentos originales y en la relación numérica de éstas respecto de las no autógrafas, Armando Petrucci⁹ ha podido aportar una serie de datos genéricamente indicativos para Francia e Italia en los siglos VII y VIII, que se pueden resumir de la siguiente manera: Para la Francia merovingia del siglo VII, un total de ocho documentos originales con 138 suscriptores, de los que 101 ejecutaron de su propia mano la suscripción entera, ponen de manifiesto que el 60% de la población masculina estaba alfabetizada, que ningún eclesiástico era analfabeto y que también se impartía cierta educación gráfica a las mujeres, siempre, repito, entre los estratos más altos de la población. Para Italia los originales subsistentes son muy escasos, reduciéndose a ocho documentos papiráceos, siete ravenatenses y uno romano, pero puede deducirse que en los mayores centros de la Italia no longobarda los niveles de difusión de la instrucción gráfica eran análogos a los de la Francia merovingia.

Para el siglo VIII la situación es algo más confusa dado el altísimo número de suscripciones no autógrafas y que probablemente se deba más a la intervención predominante del rogatario en la signatura de los documentos que a una repentina bajada del porcentaje de alfabetizados en Francia. Para Italia la investigación es más fácil gracias al CDL de Schiaparelli, que abarca del año 720 al 744. Los 180 documentos originales proporcionan un total de 988 suscriptores que suponen un 32,7% del total; de los religiosos, tanto en las áreas rurales como en los núcleos urbanos, están alfabetizados entre un 65–66%, mientras que el porcentaje de alfabetización de los laicos desciende del 16% de Lucca al 11% de los centros menores del condado y menos aún en las aldeas. De ello se deduce que en la Italia longobarda del siglo VIII existía en las clases medias y superiores de la población una cierta difusión del conocimiento de la escritura, que sin embargo excluía completamente a las mujeres; que la clara mayoría de los eclesiásticos, tanto de

⁹ Armando PETRUCCI, “Libro, scrittura e scuola”, *La scuola nell’Occidente latino dell’alto Medioevo, Settimane di studio del Centro Italiano di Studi sull’Alto Medioevo*, XIX, Spoleto, 1972, vol. II, pp. 313-337, especialmente, pp. 321 y ss., p. 231 ss.

los pequeños centros como de la ciudad, estaba alfabetizada; que en el condado y en los centros habitados menores se reconoce solo entre los laicos una neta disminución de la alfabetización respecto de los centros mayores; que entre los laicos no parece que la difusión de la alfabetización estuviese ligada a funciones o ministerios particulares; y que entre los analfabetos se encuentran oficiales regios, monetarios u orfebres y también entre los alfabetizados, pero sin embargo todos los artesanos calificados como tales que aparecen en las suscripciones son analfabetos.

En otras regiones fuera de Italia y Francia la investigación es más difícil por la ausencia de un número suficiente de testimonios en escrituras usuales: Para España, las tablillas encontradas en las provincias de Salamanca y Ávila principalmente y publicadas por Manuel Gómez Moreno, M.C. Díaz y Díaz e Isabel Velázquez Soriano, en las que no faltan suscripciones de testigos que muestran su carácter autógrafo, bien trazadas y generalmente atestiguando nombres visigodos, demuestran una extensión importante de la alfabetización¹⁰.

El tipo de escritura utilizado por estos escribientes no profesionales es en la Italia longobarda sobre todo, pero también un poco por todas partes, una minúscula no tipificada de base cursiva y orientación derecha, por lo común con elementos bien separados y rara vez unidos por alguna ligadura elemental, lo que también se encuentra en algunas tablillas visigóticas, que a su vez exhiben ya algunos rasgos distintivos propios. Estas escrituras de tipo gráfico elemental no son otra cosa que un trazado simplificado y a veces disociado de la cursiva nueva romana, cuyos diferentes elementos eran ejecutados separadamente los unos de los otros, ya por exigencias didácticas, ya por el hábito escolástico al uso de las tablillas de madera, sobre las cuales era muy difícil trazar curvas y ligaduras. Se trata en suma de una cursiva nueva, derecha y privada de ligaduras, lo que no quiere decir otra cosa que una forma gráfica muy próxima a aquella minúscula común de origen antiguo que constituía el substrato común de casi todas las minúsculas librarias y documentales pausadas, semicursivas y cursivas en uso entre los siglos VII y VIII.

Este tipo gráfico de base (distinto desde luego de lugar a lugar, pero con esos rasgos en común) era el enseñado en las escuelas de primeras letras. Hasta mediados del siglo VI sobrevivieron mal que bien las antiguas escuelas romanas

¹⁰ M.C. DIAZ Y DIAZ, "La cultura de la España visigótica del siglo VII", en *De Isidoro al siglo XI. Ocho estudios sobre la vida literaria peninsular*, Barcelona, El Albir, 1976, pp. 21-55, cit. p. 27.

de gramática, con profesores remunerados por el Estado¹¹. En el reino visigodo la organización escolástica puede conocerse, al menos en teoría, a través sobre todo de los cánones conciliares de los concilios de Toledo II (527), Narbona (587), Toledo IV (633), Toledo VIII (653), Mérida (666) y Braga III (677)¹². Probablemente, la organización escolástica de la Europa precarolingia también era distinta de lugar a lugar, aunque se pueden distinguir diferentes fases que sí debían emplearse por doquier. En la primera fase la enseñanza se desarrollaba en las escuelas eclesiásticas anejas a las catedrales y monasterios, iglesias colegiadas e iglesias menores rurales y monasterios y estaban abiertas a alumnos destinados a la vida religiosa tanto como al estado laico¹³. También se impartía en las escuelas anejas a las *stationes* de los notarios laicos, destinadas más específicamente a jóvenes no religiosos, en las cuales con toda posibilidad se pasaría directamente y sin una separación clara de la enseñanza de la escritura elemental a la de la nueva cursiva¹⁴. Es de suponer que en esta primera fase se empleara un simple proceso gráfico por el cual un maestro dibujaba modelos de letras y después de una o más palabras, según un sistema antiguo que permaneció inmutable durante siglos. Varias tablillas visigóticas calificadas “de ejercicio escolar” dan muestra de él. Completamente diferente de las hasta ahora examinadas es un políptico de seis tablillas de madera, procedente de Irlanda, del siglo VII conservado en el National Museum de Dublín¹⁵, que contiene salmos y que evidentemente fue elaborado con fines didácticos en mayúscula insular. Pero en Irlanda no existía una continuidad

¹¹ Francisco Ernersto PUERTAS MOYA, “La Enseñanza de la retórica en las escuelas medievales”, en *La Enseñanza en la Edad Media, X Semana de Estudios Medievales*, Nájera 1999, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2000, pp. 383–402, para este tema en especial, ver pp. 387 y 395.

¹² Antonio GARCIA Y GARCIA, “De las Escuelas visigóticas a las bajomedievales”, en *La Enseñanza en la Edad Media, X Semana de Estudios Medievales*, Nájera 1999, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2000, pp. 39–59.

¹³ A estos muchachos destinaba la iglesia visigótica una bendición específica: *Oratio super parvulum quem parentes ad doctrinam offerunt. Domine, Iesu Christe, qui os mutorum aperuisti et linguas infantium fecisti disertas, aperi, quasumus, os famuli tui, Illius ad percipiendum sapientie tue donum; ut in doctrina qua nunc inchoat perfectissime doceatur, et tibi Domino Ihesu Christo semper laudes et gratias referat,.. Benedicat tibi Dominus benedictione celesti, et repleta te septiformis Spiritus Sancti. Amen. Det tibi Dominus de rore celi et de pinguedine terre, ut affluens in te exuberet limphas fidei, et documentum catolicae veritatis. Amen.*

¹⁴ Petrucci, “Libro, scrittura e scuola”, pp. 330–331.

¹⁵ SA 1914:2. Reproducida en R. BÜLL, E. MOSER, H. KUHN, “Wachs als Beschreib- und Siegelstoff, Wachsreiben und ihre Verwendung“, en *Vom Wachs-Hoeschster, Beiträge zur Kenntnis der Wachse*, Frankfurt, 1968, p. 785-894, n.º. 611. Descripción y referencias bibliográficas en Élisabeth LALOU, “Inventaire des tablettes médiévales et présentation générale”, en E. LALOU (ed.), *Les tablettes à écrire, de l'Antiquité à l'Époque Moderne*, Turnhout, Brepols, 1992 (Bibliologia. Elementa ad librorum studia pertinentia, 12), pp. 233–288, cit. pág. 256.

de la nueva escritura romana y la escritura debía de estar allí mucho menos difundida que en el Continente.

De este tipo gráfico de base se pasaba a la ejecución de cualquiera de las numerosas escrituras librarias atípicas identificadas por Pratessi y a las cuales me he referido con anterioridad. Y es que cuando el escriba se sentaba ante su pergamino aún virgen debía sentir en muchos casos que para un libro destinado a ser leído por personas distintas de él mismo era preciso escribir más nítidamente y más claramente de cuanto hubiera sido necesario para un acta notarial o incluso para un diploma regio, y hacía cuanto podía. La mayúscula no sabía escribirla, o si sabía le era fatigosísimo, por lo que se reservaba para los libros más lujosos, y la cursiva, deformada en sus signos alfabéticos, no servía, por lo que espontáneamente recurría a los procedimientos que ya mencionamos más arriba: o el trazado más cuidado y compuesto de la cursiva o la degradación de la uncial en un trazado menos regular, incluso rompiendo el canon para dar lugar a una escritura que verdaderamente puede llamarse “rústica”¹⁶.

En otros casos se impartía una enseñanza de segundo grado en el *scriptorium*, que se fundamentaba en una serie de pruebas y ejercicios caligráficos repetidos, que consistían en la imitación de un modelo trazado por un maestro calígrafo. Sólo en estos casos podía llegar a producirse una tipificación de la escritura. En realidad, la presencia y la influencia en la producción libraria altomedieval de los modelos que constituían un canon a imitar plantean una serie de interrogantes relativos a las motivaciones que determinaron el proceso imitativo y a la creación y distribución de modelos gráficos librarios llevada a cabo por algunos de los grandes centros del período, y afectan tanto a las escrituras supervivientes de la época romana, la uncial sobre todo, como a las que hemos llamado propiamente escrituras nacionales.

De todos modos, esta última fase de aprendizaje nos conduce directamente al estudio de los grandes centros de producción escrituraria: los *scriptoria*.

Ya durante el siglo VI la producción libraria había quedado relegada a los centros eclesiásticos, que como en tantos otros aspectos diferían grandemente entre sí, pero cuyos rasgos esenciales eran comunes en todo el occidente.

Para empezar, la producción libraria se hacía al margen del mercado, con la casi exclusiva finalidad de cubrir las necesidades de libros de cada institución, o para el uso personal de grupos restringidos, y por esta razón la práctica de la

¹⁶ Giorgio CENCETTI, “Scriptoria e scritture nel monachesimo benedettino”, en *Il monachesimo nell’Alto Medioevo e la Formazione della civiltà occidentale*, *Settimane di studio del Centro Italiano di Studi sull’Alto Medioevo*, XV, Spoleto, 1957, pp. 187-218, cit. p. 195.

producción libraria fue en su mayor parte asumida por la institución monástica. Dejando al margen el monacato celta, que en las Islas Británicas logró dar a luz algunos de los más bellos códices de todos los tiempos, fue en Italia, arrasada por un invasor tras otro y empobrecida casi hasta la extenuación, donde la antigua cultura latina, pagana y cristiana, pudo renacer de sus cenizas después de haber encontrado asilo dentro de los muros de los claustros.

La simiente la puso San Benito en el año 529 al fundar el monasterio de Montecassino, porque al establecer (en el capítulo 48 de su famosísima Regla) que a ciertas horas los monjes debían ocuparse en la *lectio divina*, imponía la necesidad de una biblioteca¹⁷, y con ello abría las puertas al cultivo de las artes liberales. Sin embargo, el paso definitivo lo dio Cassiodoro, que en su monasterio de Vivario (fundado hacia el año 555) creó a pequeña escala la universidad cristiana que había soñado establecer en Roma. Si para San Benito la *lectio divina* era contemplación difusa, para Cassiodoro (*Institutiones, De Orthographia*) es estudio en el más estricto sentido de la palabra, porque para la adquisición de la ciencia divina es de gran ayuda el cultivo de las artes liberales.

Y el *scriptorium* era el lugar donde se copiaban los libros que iban, poco a poco, engrosando la biblioteca monástica; pero mientras que en algunos casos *scriptorium* es sinónimo de escuela caligráfica, en otros casos los copistas eran libres de escribir como quisieran, sin que les fuesen impuestas normas precisas ni un adiestramiento caligráfico previo, y entonces por *scriptorium* sólo se puede entender el lugar físico donde físicamente se procedía a la copia de libros dentro de cada institución religiosa.

La vida en el *scriptorium* no debía de ser fácil. Algunas miniaturas nos ofrecen escenas de monjes trabajando, como la conocidísima del monasterio de Tábara. Por el plano de San Gall se sabe que su escriptorio era una estancia cuadrada, que se comunicaba directamente con la iglesia, en la cual, alrededor de una gran mesa central había siete pupitres colocados de tal modo que podían

¹⁷ Sobre el significado de la palabra “bibliotheca” en el famoso capítulo 48 de la RB, que puede ser simplemente “Biblia”, véase García M. COLOMBÁS, Comentario a la *Regla de San Benito*, Madrid, B.A.C., 2000, pp. 386-388. De todos modos, aunque “bibliotheca” signifique efectivamente “Biblia”, según la propia RB no podía faltar una pequeña colección de libros en cada monasterio, ya que propio san Benito establece una serie de lecturas, entre las cuales, al lado de las Sagradas Escrituras, están las obras de los “Santos Padres Católicos” en general, y en especial las de los padres de la vida monástica: las *Colaciones* y las *Institutiones* de Casiano y la Regla de san Basilio, junto con las *Vitae Patrum* (RB 73, 2-7). Véase el comentario de G.M. COLOMBÁS, *Ibid.*, pp. 495-497.

aprovechar de la mejor manera posible la luz que penetraba por las ventanas¹⁸. El trabajo era pesado y lento. Muchos calígrafos se quejan en los colofones del esfuerzo que suponía su tarea. En un códice español, el 29 de la Real Academia de la Historia, que es una copia de la *Ciudad de Dios de San Agustín*, el copista Moterrafe o Mudarra fue anotando en el margen cuándo comenzaba y terminaba cada fragmento, y gracias a ello puede saberse que escribía una media de una página al día, excepto en los largos días de mayo y junio, que aumenta su ritmo, y en Cuaresma y Pascua, que lo disminuye¹⁹. Afortunadamente, a menudo acudía alguna otra persona en ayuda del sufrido calígrafo. Por lo pronto, el pergamino ya lo recibía preparado del pergamintero, y el análisis paleográfico de muchos códices revela la cooperación en ellos de varias manos. En la citada representación del scriptorio de Tábara, Emeterio y Senior trabajan juntos a ambos lados de una misma mesa; Emeterio había sido llamado allí para terminar el códice que había quedado inconcluso por la muerte del copista Magio. Y era frecuente que la iluminación, si el códice la tenía, la realizara un especialista.

Libro tras libro, línea tras línea, los monjes nos transmitieron la práctica totalidad de la cultura latina clásica y cristiana que hoy conservamos, salvándola de la ruina que amenazaba, ya a finales del siglo VI, la civilización centenaria del occidente latino.

Pero en la soledad silente del scriptorio aquellos devotos y anónimos intelectuales hicieron mucho más que transmitir unos textos que habían heredado. Ellos crearon muchos de los hábitos de lectura y escritura que a la postre han sido los del mundo moderno.

Por lo que se refiere a los medios técnicos que permitían una mayor accesibilidad al texto, ya en la Antigüedad tardía se habían producido dos novedades de importancia que se fueron extendiendo progresivamente en los medios de la cultura y de la comunidad cristiana. Se trata en primer lugar de la división del texto evangélico en *cola et commata*, esto es, breves segmentos textuales que, por su aislamiento, permitían una lectura más fácil (San Jerónimo habla de que esto se había hecho *utilitati gentium* y Casiodoro que para ayuda de los *simplices fratres*).

¹⁸ Una vívida estampa de lo que podía ser la vida en un scriptorium puede encontrarse en el trabajo de José Manuel RUIZ ASENCIO, “Escribas y bibliotecas altomedievales hispanas”, en *La Enseñanza en la Edad Media, X Semana de Estudios Medievales, Nájera 1999*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2000, pp. 151–174, y especialmente a partir de la pág. 156.

¹⁹ Manuel C. DIAZ Y DIAZ, *Libros y Librerías en la Rioja altomedieval*, Logroño, 1991, p. 217.

En realidad, los antiguos gramáticos hasta Isidoro de Sevilla (a quien siguen la mayor parte de los autores posteriores) ofrecen clarísimas indicaciones para el uso de los signos de puntuación: el punto (*comma*) para una pausa corta; el punto a media altura (*colon*) para una pausa de duración media; y el punto alto (*periodus*) para el final de la frase. No obstante, lo cierto es que en la práctica los copistas altomedievales desarrollaron un auténtico muestrario de combinaciones de puntos y vírgulas de una diversidad de criterios desesperante²⁰.

Sin embargo, el fenómeno que con más intensidad llama la atención durante estos primeros años es la evidente divergencia entre las prácticas de lectura y de escritura²¹, porque a pesar de las tentativas de uso de signos de puntuación, la mayor parte de los manuscritos se escriben en *scriptio continua* y con un uso bastante arbitrario de las mayúsculas. En estas condiciones la lectura tenía que ser necesariamente una operación bastante lenta, incluso para las personas de mayor cultura. Se ha llegado incluso a plantear que durante la Alta Edad Media la escritura encontraba su fin en sí misma, y no en la lectura posterior, de modo que se atenía a sus propias reglas estéticas y a sus propios ritmos de ejecución, buscando una armonía general de la página que se conseguía mediante una alternancia rítmica del negro sobre el blanco, y de ahí el empleo de la *scriptio continua*²².

Por otra parte, en manos sobre todo de los amanuenses insulares para quienes el latín era necesariamente una lengua aprendida y fundamentalmente literaria, la necesidad de un acceso más cómodo a los textos estimuló el desarrollo de una serie de técnicas empleadas para presentar los textos sobre la página²³. Son

²⁰ Bernhard. BISCHOFF, *Latin Paleography. Antiquity and the Middle Ages*, Cambridge, University Press, 1997, p. 169. Los signos de puntuación durante la Edad Media fueron estudiados por H. HUBERT, “Corpus stigmatologicum minus”, *Arch. Lat. medii Aevi*: 37 (1970), pp. 14–169. Índice en la misma revista, vol. 39 (1974), pp. 55–84. Del mismo autor se puede consultar también “Le vocabulaire de la punctuation aux temps médiévaux”, *Arch. Lat. Medii Aevi*: 38 (1972), pp. 57–166. Aunque dedicada especialmente a los Países Bajos, es interesante también a este respecto el estudio de J. GREIDANUS, *Beginselen en ontwikkeling van de interpunctie, in’t bezonder in der Nederlanden*, Utrecht, 1926. Finalmente, J. MOREAU–MARÉCHAL, “Recherches sur la punctuation”, *Scriptorium*: 22 (1968), pp. 56–66.

²¹ Armando PETRUCCI, “Leer en la Edad Media”, en *Alfabetismo, escritura y Sociedad*, Barcelona, Gedisa, 1999, p. 185. Sobre este tema se puede ampliar en las obras de H.J. MARTÍN, “Pour une histoire de la lecture”, *Revue française d’histoire du livre*: 46 (1977), pp. 583–609; y G. SEVERINO POLICA, “Libro, lettura, lezione”, en *Le Scuole degli ordini mendicanti*, Todi, 1978, pp. 375–413.

²² A. PETRUCCI, “Leer en la Edad Media”, p. 185.

²³ Ver sobre todo esto el artículo de Malcolm PARKES, “La Alta Edad Media”, en G. CAVALLO y R. CHARTIER, *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1997, pp. 145 y 22.

fundamentalmente convenciones gráficas (elementos de presentación y representación) para facilitar el acceso al texto, es decir, la lectura. Y probablemente ésta fue la mayor “contribución de la Alta Edad media a la evolución de la comunicación escrita occidental”²⁴.

Para empezar, los amanuenses insulares intentaron reducir el número de variantes de una misma letra para dar lugar a *litterae absolutae* o letras invariables en minúscula en las que cada elemento tiene una sola forma, con lo que se mejora la legibilidad del texto, preludiando de este modo la escritura carolina. Pero además abandonaron la *scriptio continua* de sus modelos para adoptar los criterios morfológicos que se hallan en los gramáticos, y pasaron a identificar las palabras introduciendo espacios entre las partes de la oración. En este sentido la dependencia respecto del análisis gramatical es palmaria, puesto que cuando reproducían algún texto en su lengua nativa copiaban como una sola unidad aquellas palabras que estaban agrupadas en torno a un solo acento tónico principal y que mantenían entre sí una conexión sintáctica estrecha. Con el fin así mismo de aislar los componentes gramaticales de la oración latina clarificaron la puntuación, introduciendo nuevos signos que se utilizaban en función de la importancia de la pausa, y desarrollaron la *littera nobilior* o “letra destacada” para dar mayor énfasis visual al comienzo de un texto o sección. En el caso de la poesía, donde el orden de las palabras viene determinado por el artificio o el estilo, para aclarar la sintaxis se introdujeron diversas series de puntos y otros signos que indicaban la concordancia gramatical (por ejemplo el sustantivo y su adjetivo) o el régimen (el sujeto y su verbo); otro sistema que perseguía el mismo fin, aunque probablemente fue de invención posterior, fue indicar con una serie de signos o letras el orden en que debían ser leídas las palabras.

También fueron los copistas anglosajones los primeros en combinar distintos tipos de letra en la misma página: Las Sagradas Escrituras, las obras de los Padres de la Iglesia, las reglas de la vida monástica y otros documentos que podían expresar la autoridad de la Iglesia católica en los asuntos eclesiásticos les fueron transmitidos originalmente a los anglosajones en escritura uncial o uncial rústica. Los amanuenses consideraron entonces que estas letras eran especialmente adecuadas para textos tan doctos y comenzaron a utilizarlas para destacar los extractos de tales fuentes, que eran incorporados a los textos o comentarios escritos en minúscula²⁵. Surgió así la costumbre, que aún

²⁴ Paul SAENGER, “Silent Reading: Manières de lire medievales”, *Histoire de l'édition française*, Paris, 1982, vol. 1, pp. 131–141.

²⁵ *Ibid.*, pp. 146-147.

conservamos en la actualidad, de que los extractos insertos en un texto debían diferenciarse físicamente del texto en cuestión con el fin de que el lector pudiera identificarlos con mayor facilidad. Y finalmente, las glosas vernáculas con las que aminoraban las dificultades que se encontraban al leer el texto latino, a pesar de sus conocimientos gramaticales, están a menudo garabateadas en la página en caracteres pequeños y cursivos, para que no resultasen molestas a otros lectores²⁶.

Pero mientras todo esto ocurría en las Islas y en menor medida en áreas periféricas del Continente como Alemania y la Suiza Rética, la situación en la Rumania era harto distinta. Aquí el latín literario no era reconocido aún como algo sustancialmente distinto de la lengua hablada, por lo que los mecanismos de análisis sintáctico ideados por irlandeses y anglosajones no se consideraban necesarios. Este hecho justifica el retraso comparativo de los amanuenses continentales respecto de los insulares en convenciones tales como la separación de las palabras²⁷. De todos modos, incluso aquí la agrupación de las palabras tiende a reflejar la cantidad de texto que el copista podía mantener en su memoria, lo cual implica un análisis sintáctico previo, consciente o inconsciente. Así se encuentran agrupamientos del tipo de *sermodomini, cumnecesserit, aequeseemper*, etc., que reflejan unidades conceptuales. En cualquier caso, si bien esta parece ser la tendencia no puede generalizarse en este sentido, y de hecho tampoco es extraño encontrarse con que los escribas, sobre todo los de menor talento, separaban las letras de manera irregular y totalmente arbitraria, a veces incluso partiendo una palabra, con gran perjuicio para el lector, que se vería obligado a mantener continuamente un deletreo forzado. Y desgraciadamente esto era algo habitual, porque solía encomendarse la copia de libros a aquellos monjes jóvenes a los que se juzgaba menos inteligentes y menos aptos para el estudio, o al menos esto era lo que sucedía en un centro tan activo en materia de producción libraria como San Galo y en una fecha tan tardía como el siglo X²⁸.

Y esto nos conduce necesariamente al estudio de los modos de lectura.

En la Antigüedad, el concepto de lectura abarcaba las cuatro funciones de los estudios gramaticales (*grammaticae officia*): *lectio*, *emendatio*, *enarratio* y *judicium*. La *lectio* era el proceso por el cual el lector tenía que descifrar el texto (*discretio*), identificando sus elementos (letras, sílabas, palabras y oraciones), para poder leerlo en voz alta (*pronunciatio*) de acuerdo con la acentuación que exigía

²⁶ M. PARKES, “La Alta Edad Media”, p. 143–144.

²⁷ *Ibid*, nota 38.

²⁸ M.G.H., SS, II, p. 122. Cita A. Petrucci, en “Leer en la Edad Media”, p. 186.

el sentido. La *emendatio* (un proceso que surge como consecuencia de la transmisión de manuscritos) requería que el lector o su maestro corrigiera el texto de la copia que leía. La *enarratio* consistía en identificar o comentar las características del vocabulario, la forma retórica y literaria y, sobre todo, interpretar el contenido del texto (*explanatio*). Finalmente, el *iudicium* era el proceso consistente en valorar las cualidades estéticas, morales o filosóficas del texto (*bene dictorum comprobatio*)²⁹.

Era sin duda un proceso eminentemente gramatical y demasiado complejo para la mayoría de los alfabetizados en un mundo en el que los libros eran escasísimos. Los modos de lectura estaban destinados a cambiar drásticamente.

La primera novedad fue la aparición de la lectura silenciosa. En realidad, el *tacite legere* sí era conocido en el mundo antiguo³⁰, pero no debía estar muy extendido cuando San Agustín se sorprendió tanto al ver como lo hacía san Ambrosio en el 384³¹. De todos modos, la realidad altomedieval es mucho más complicada que una simple oposición entre la lectura en voz alta y la lectura silenciosa.

La primera, que en el mundo clásico estaba encaminada a la oratoria, con todo lo que ésta conllevaba, sobrevive en la liturgia. San Isidoro³² lo expresa inmejorablemente al especificar los requisitos que debían cumplir los que desempeñasen la función de lector en la Iglesia:

Quien vaya a ser ascendido a este rango deberá estar versado en la doctrina y los libros y conocerá a fondo los significados y las palabras, a fin de que en el análisis de las sentencias sepa dónde se encuentran los límites gramaticales, dónde prosigue la lectura, dónde concluye la oración. De este modo dominará la técnica de la expresión oral sin obstáculos, a fin de que todos comprendan con la mente y con el sentimiento, distinguiendo entre los tipos de expresión, y expresando los sentimientos de la sentencia: ora a la manera del que expone, ora a la manera del que sufre, ora a la manera del que increpa, ora a la manera del que exhorta, ora adaptándose a los tipos de expresión adecuada.

²⁹ Malcolm PARKES, “La Alta Edad Media”, en G. CABALLO y R. CHARTIER, *Historia de la lectura en el mundo occidental*, p. 137–138.

³⁰ Hor., Sat., II, V, 68.

³¹ Confesiones, VI, 3.

³² De ecclesiasticis officis, II, 11, 2.

Este tipo de lectura también estaba destinado a fomentar la piedad de los religiosos. San Leandro recomendaba a las monjas que cuando estuvieran comiendo o haciendo algún trabajo manual procuraran que alguien les leyera en voz alta, para evitar que el corazón se deslizara por la pendiente de los malos pensamientos³³. Era así mismo la forma de enseñar a leer a los niños, a los que se hacía leer en voz alta ante sus maestros los versos de los salmos que habían copiado previamente, sin tener que haber aprendido antes necesariamente el orden de las letras en la serie alfabética, como había sido la costumbre antigua³⁴.

Pero junto a esta lectura declamatoria está la lectura silenciosa o en voz baja, que servían de apoyo a la meditación y de instrumento de memorización. También san Isidoro habla de la lectura silente, que él mismo prefería, ya que permitía una mejor comprensión del texto, y, al no requerir un esfuerzo físico, facilitaba la reflexión y la memorización³⁵. En el mismo sentido Casiodoro la llama *sedula lectio*, contraponiéndola a la *simplicísima lectio*, que practicaban los lectores menos cultivados³⁶. Y la Regla de san Benito se refiere también a la lectura individual y a la necesidad de leer para uno mismo, con el fin de no molestar a los demás³⁷.

Y en fin, esta lectura en silencio, aunque estaba determinada por consideraciones prácticas, es también la expresión de un cambio en la comprensión de la palabra escrita. En el seno de la Iglesia, la doctrina se transmitía casi exclusivamente por medio de la palabra escrita, de modo que ésta empezó a considerarse como un medio de transmisión de las ideas y no como un mero registro de la palabra hablada. En el siglo VII san Isidoro consideraba las letras como símbolos sin sonido que tienen la capacidad de transmitirnos en silencio (*sine voce*) los pensamientos de quienes están ausentes³⁸; es decir, que las propias letras son los símbolos de las cosas y por sí mismas constituyen una especie de lenguaje visible que puede enviar señales al cerebro directamente. Tres siglos antes san Agustín había considerado las letras como símbolos de los sonidos, pero eran éstos, los sonidos, los que expresaban el pensamiento³⁹.

³³ H. ESCOLAR, *Historia ilustrada del libro español. Los manuscritos*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez – Pirámide, 1993, p. 54.

³⁴ M. PARKES, "La Alta Edad Media", p. 143.

³⁵ *Libri Sententiarum*, III, 14, 8 y 9.

³⁶ Inst. I, praef. 8 y 9.

³⁷ Cap. 48.

³⁸ *Etimologías*, I, III, 1.

³⁹ *De Trinitate*, X, 19.